

Alguna vez siendo pibe escuché a un viejo paisano decir: “*no es lo mismo crecimiento que hinchazón*”. Mi imaginación voló tras esa idea y sembró en mi cabeza toda una serie de representaciones pictóricas, algunas temibles, otras divertidas.

Hoy parecería que al “crecimiento” se le otorgan todas virtudes sin considerar posibles defectos. Tendencia que descansa en el **principio de identidad** que dice que $A = A$. sin detenerse a evaluar la consistencia interna, es decir las contradicciones de toda realidad.

En inevitable confrontación con este concepto apareció la **lógica difusa** que aseguraba que se puede alcanzar una conclusión a partir de una información imprecisa o incompleta. ¡Vaya novedad!



Algo parecido a lo que afirmaron los sabios chinos respecto del **Tao**, principio fundamental de organización del universo y fundamento de lo existente, como fue expuesto en el Tao Te King de Lao-Tsé (604-517 a.C.). Muy lejos del “*lo que es, es; lo que no es no es*” propuesto por Parménides y refutado por Heráclito. (Nosotros heredamos a Parménides y Aristóteles). Por lo que reencontramos este modo de considerar la realidad en 1965 de la mano de Lotfi Asker Zadeh (1921 – 2017) y su “lógica difusa”.

Como resultado de este modelo de pensamiento que nos rige donde “sí es sí y no puede ser no o tal vez al mismo tiempo”, al “crecimiento” se le otorgó un definitivo aire positivo. “Es bueno crecer”. Y la humanidad se orientó alegremente hacia la valoración positiva del acrecentamiento. Pero no siempre es así. Pensemos en los Imperios. Su razón de ser fue la expansión a costa de sometimientos y dolores, sangre y muerte para ampliar sus fronteras hasta el hartazgo. Funcionó mientras esta anexión de territorios conllevaba la riqueza del saqueo, apropiaciones e impuestos. Posteriormente fue la causa de sus caídas y destrucción. O cavilemos en el cáncer: ese conjunto de enfermedades en las cuales el organismo produce sin control una abundancia de células malignas. “Exceso de crecimiento” sí. Entonces se nos hace claro que el modelo parmenidiano debería revisarse tanto como la estimación del valor absoluto del crecimiento. Propongo manejarnos con cuidado con éste y cualquier concepto de la estructura nómica que constituye el mundo cultural del ser humano que definen nuestra realidad.

Sin dudar podemos hoy descreer que el aumento poblacional de la especie humana constituya un buen indicio de seguridad futura (ni tan siquiera de viabilidad); por lo tanto lo aporto como ejemplo de la duda sobre la bondad a ultranza del crecimiento. Sostener a ocho mil millones de personas no parece ser un objetivo razonable. Aquella vieja sentencia del mundo antiguo (en una Tierra vacía) que afirmaba que *“gobernar es poblar”* es disfuncional y hasta me atrevo a afirmar que patológica e insana. Sostener semejantes multitudes conducirá a un inexorable canibalismo, como ocurre con las ratas de experimentación que se comen entre ellas si la población excede la sostenibilidad del ambiente. (La etología es una ciencia encantadora). Agreguemos a esto la presente revolución de la ciencia y tecnología que desplaza del trabajo las tareas repetitivas (y muchas otras) y descubriremos que considerables masas humanas tampoco hallarán modo de sostenerse porque serán invisibles a las demandas laborales y la funcionalidad social. Simplemente no habrá necesidad de empleo de tal fuerza productiva, reemplazada por máquinas a las que sólo afectarán la fatiga de materiales. (Previsible, planificable y de fácil solución para una industria no-humana). Deberíamos haber atendido el pronóstico malthusiano que en el surgimiento de la revolución industrial advirtió sobre este aspecto de la vida en sociedad.



Teoría instaurada por el clérigo inglés Thomas Malthus (1776–1834) quien sostenía que el aumento de la población responde a una progresión geométrica, mientras que el incremento de los medios de subsistencia ocurre sólo en progresión aritmética. La exactitud del enunciado ha sido cuestionada, lo evidente es que estamos llegando al punto de incapacidad de generación de sustento de la totalidad de la población humana.

Por supuesto, era mejor desoirlo por los intereses del capitalismo por mantener al salario en el equilibrio inestable de la subsistencia del obrero entre oferta y demanda de mano de obra para lograr la meta: multiplicación del capital (crecimiento).

La Ley de Hierro, término inventado por Ferdinand Lasalle, (también llamada Ley de Bronce) para referirse a la inexorable tendencia de los salarios, bajo el régimen capitalista, de variar alrededor del salario de subsistencia (que permite a los trabajadores cubrir sus necesidades elementales o primarias y asegurar su reproducción pero no lograr mejoras

de vida). Algo así como mantener los salarios tan bajos como para que los obreros puedan reproducirse pero tampoco excesivamente exigüos porque no se contaría con mano de obra.

“Crecimiento” es un concepto inequívocamente encantador cuando se refiere a la “germinación del poroto”, práctica de huerta a la que nuestros queridos maestros de escuela primaria nos sometían año tras año para contemplar cómo una simple semilla crecía y se transformaba dentro de un vaso con papel secante y algodón para proveerles humedad hasta echar raicillas y hojuelas (y terminar consumida y seca en algún rincón olvidado del aula). En éste sentido el vocablo cobra valor. Crecimiento como desarrollo y desarrollo como plenitud. Pero insisto, el valor de cada palabra es relativo, transitorio, histórico y contradictorio, por lo que no deberíamos ensalzarlo de un modo absoluto.

El “crecimiento” de la delincuencia, desvío social, cáncer, contaminación por plásticos, temperatura media del planeta, megalópolis, concentración de la riqueza, pauperización, población y tantos más nos induce a tratar el término con respeto y desconfianza.



Eduardo Arbace Baleani
eduardobaleani@gmail.com